
Jesús Jaén Urueña

Sobre la vía chilena al socialismo 50 aniversario del golpe militar

¿Qué representa el 11 de septiembre de 1973 en Chile? La victoria del golpe militar de Pinochet que derrocó al gobierno de Salvador Allende y de la Unidad Popular. Pero también significa muchas más cosas. Chile, a partir del triunfo de la Junta Militar, se convirtió en el primer gran laboratorio del llamado proyecto neoliberal (incluso antes que Thatcher o Reagan). El país pionero de los grandes ajustes, privatizaciones y represión política como muy bien ha relatado David Harvey en su libro *Breve historia del Neoliberalismo*. También dió un impulso a otros militares para llevar a cabo los golpes de estado en Argentina y Uruguay.

Uno de los grandes debates de la izquierda mundial aquellos años setenta fue alrededor de la vía chilena al socialismo o, lo que es igual, la hipótesis política de llevar a cabo una transformación democrática y no revolucionaria del Estado burgués. Un debate avivado por tres hechos: la crisis del estalinismo; el ascenso al poder de las guerrillas o ejércitos campesinos (China, Cuba y más tarde Vietnam y Nicaragua); y el surgimiento del eurocomunismo en Europa occidental de la mano de los partidos comunistas italiano, francés y español.

En este debate, los sectores moderados de la izquierda socialista o comunista intentaban plantear un modelo alternativo a las experiencias insurreccionales, como la cubana o la rusa. Era la tercera vía. Una vía similar a las experiencias de la socialdemocracia europea, pero con el ingrediente convulsivo y revolucionario que se estaba viviendo en América Latina.

Para ello hay que partir de la situación excepcional y revolucionaria que atravesaba Chile y que llevó al poder a la Unidad Popular. Allende y el Partido Socialista y los comunistas afines a Moscú fueron el motor de la UP. A ellos se fueron agregando otros partidos burgueses o campesinos como el MAPU, el Partido Radical, el PSD, etc. La única organización importante que se quedó fuera de la UP fue el MIR, un frente procubano que combinaba la lucha de masas con las acciones armadas. No obstante, el MIR apoyó críticamente a la UP.

El 4 de septiembre de 1970 se produce el triunfo histórico de Allende, con un resultado de 36,3% frente a los dos partidos de las derechas democristianas y conservadoras. La victoria significó un triunfo de las clases trabajadoras a nivel continental e incluso mundial. Al frente de la UP personas tan emblemáticas como Pablo Neruda o Víctor Jara ¿Quién no recuerda el himno *Venceremos* que aún -a día de hoy- se escucha en mítines de la izquierda?

La UP llevó a cabo las nacionalizaciones de las minas, la reforma agraria o la distribución de alimentos básicos. El pueblo trabajador y campesino empujaba en esa dirección. Quería liberarse del yugo de la oligarquía económica y agraria vinculada estrechamente a los EEUU. Los principales dirigentes de la UP seguían haciendo discursos sobre el socialismo, pero en realidad su proyecto político era más limitado; es decir, la consolidación de un régimen democrático burgués donde coexistieran fuerzas antagónicas -en ese preciso momento histórico- como eran las clases trabajadoras, por un lado, y la burguesía, el alto mando militar y el Pentágono, por el otro.

Desde septiembre de 1970 (pero sobre todo desde 1972) hasta el golpe del 11 de septiembre de 1973, en todo el territorio chileno se van a desarrollar formas de auto-organización de base en los principales centros económicos del país: la industria del automóvil, las minas, el comercio, el transporte, los barrios, etc; a través de los llamados Cordones Industriales (poder popular) y la Central Única de Trabajadores (CUT). Los Cordones Industriales eran organismos de doble poder ante el Estado que asumieron tareas de organización económica y exigieron al gobierno de Allende la distribución de armamento para frenar las amenazas golpistas. Nacieron independientemente del gobierno de la UP y fueron impulsados por militantes socialistas, del MIR, MAPU (obrero y campesino), independientes...

Pero la reacción de las derechas y de la

Administración del presidente Richard Nixon tenía su propio plan que no pasaba por la consolidación de un régimen democrático burgués, sino la implantación de una dictadura militar para frenar el ascenso de la revolución. La vía democrática y electoral al socialismo no podía soportar la presión de dos fuerzas antagónicas tan potentes. Desde antes de las elecciones del 4 de septiembre de 1970 los informes de la CIA apuntaban a la probable victoria de la UP y a la necesidad de una intervención. Esa intervención, según los cables enviados, no podía involucrar a los norteamericanos. La intervención de la CIA sería a través de los militares chilenos y, para ahogar más a Chile, la conspiración se combinó con un boicot a la economía chilena. En palabras de Kissinger "dejar que afile la economía".

En esta situación, una de las claves era la posición del ejército y del conjunto de las fuerzas armadas. Como ya ocurriera en la República española, el ejército, en un primer momento, tenía las lealtades divididas. Pero el péndulo podía oscilar de un sitio a otro en la mayor brevedad. Al contrario de la revolución portuguesa en 1974, en la que la oficialidad había fundado el MFA (un movimiento democrático y antiimperialista que agrupaba a comandantes, capitanes y demás oficiales y suboficiales), el caso de Chile era otro. La cúpula militar y la base del ejército no tenían esas fisuras. A ello hay que sumar la indignación que causaron los atentados del MIR sobre miembros del ejército y de la policía.

La derecha y la ultraderecha empezaron a rearmarse. Se convocaron caceroladas en Santiago, lockout patronal del transporte por carretera que provocó desabastecimientos, manifestaciones de mujeres, etc. La inflación rondaba el 600% (datos extraoficiales). En junio de 1973 se produce un intento de golpe de estado (tanquetazo) que finalmente no triunfa. Primer aviso. Tres meses después en Valparaíso se urde el plan contra el gobierno, al frente del cual se encuentra un

"constitucionalista" (el general Augusto Pinochet).

Los hechos sobre el golpe de Augusto Pinochet son de sobra conocidos. Cabe preguntarse la debilidad de la resistencia popular. Allende muere en la Moneda con un grupo de leales y se instala en Chile una de las dictaduras más atroces de la historia de Latinoamérica.

¿Dónde estuvo la debilidad -si la hubo- del gobierno de Salvador Allende y dónde la fortaleza de la contrarrevolución? ¿Con la experiencia chilena se liquida el intento de construir una nueva vía democrática electoral al socialismo? Esas son las dos preguntas más trascendentes a las que deberíamos contestar.

A la primera pregunta trataré de responder comparando lo que pasó en España con el golpe de estado de Franco y lo que sucedió en Chile. En ambos casos, tanto el gobierno de Allende como el republicano eludieron una tarea democrática elemental, que era la depuración del ejército de los mandos fascistas. Las señales de advertencia en uno y otro caso eran alarmantes. La gran diferencia es que en España (1936) hay una revolución obrera a través de la CNT y UGT como respuesta al alzamiento del 18 de julio; mientras que en Chile, tanto la CUT como los organismos de poder popular son aplastados en tres días ¿por qué el gobierno de la UP no distribuyó las armas unos meses antes?).

A la segunda pregunta no podemos tener una respuesta categórica. Pero las experiencias históricas sí nos han dado algunas pistas. En primer lugar, pienso que no hay una contradicción absoluta entre el concepto de revolución y democracia. El uso de la fuerza está totalmente legitimado en determinadas circunstancias; lo que no está legitimado es la eliminación de los derechos democráticos (libertad de partidos, sufragio universal, libertad de expresión, etc) bajo la excusa de defender la "revolución".

Lamentablemente, todas las revoluciones que han triunfado han acabado en dic-

taduras burocráticas y no en democracia socialista (un tema que aquí no podemos desarrollar).

El principal error de la "vía chilena" no fue defender la democracia a ultranza, sino detener el proceso revolucionario en curso y mantener la ilusión de que se podía cohabitar con las fracciones fascistas del ejército y la burguesía. Un error que fue fatal y decisivo.

Nada impide que procesos similares puedan repetirse, aunque lo veo difícil en el caso de la Unión Europea. Las pistas que nos ha dejado el siglo XXI han sido más bien otras. El caso de Grecia en 2015 apunta en otra dirección. El gobierno de Syriza enfrentó el acoso y derribo no tanto por la vía militar, sino financiera. Ahí los tanques no fueron de hierro sino la amenaza de Grexit a través de las presiones del Bundesbank.

Hoy los problemas que enfrentamos en los países llamados centrales son otros: la crisis ecosocial, la amenaza de un conflicto nuclear, el ascenso de los movimientos fascistas o semifascistas, la crisis de las democracias, etc. El debate sobre la transición al socialismo no está en la agenda. Más bien lo que está en la agenda es la necesidad de detener la locura irracional a la que nos lleva el capitalismo.